



## 16. MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS

Quiero hablarte hoy de cómo conocí a Filipina Duchesne. Alguien me había dicho: "Aunque estuviera ella sola y en el extremo del mundo, deberías ir hasta allí para encontrarte con ella". Por eso me decidía a viajar al convento en ruinas de Grenoble donde estaba. Yo no había visto nunca un monasterio de clausura y pregunté qué tenía que hacer: "Ve y lo verás" me dijeron, así que fui. Llegué y entré por un corredor húmedo y oscuro. De pronto veo una monja que viene corriendo, se echa por tierra y me besa los pies mientras repetía una frase del profeta Isaías: "*¡Dichosos en la montaña los pies que anuncian la paz!*"... Me quedé de piedra y no sabía qué decir ni qué hacer. Ese fue nuestro primer encuentro y el comienzo de una amistad que iba a durar la vida entera.

Desde el principio compartió conmigo su deseo ardiente de ir a anunciar el Evangelio en algún país donde no conocieran a Jesucristo. Me decía: "Aunque no sea capaz de hacer algo útil allí, con mis deseos y mi oración prestaré algún servicio a Nuestro Señor y Él será mi única riqueza." Por fin pudimos realizar su sueño, que en el fondo era de los dos, aunque yo sabía que nunca podría seguirla. Llegó a América donde la esperaba una vida durísima y al fin consiguió irse a vivir en medio de los indios. Había alcanzado la meta de su viaje.

Confieso que siempre he sentido una simpatía especial por la gente arriesgada y generosa, capaz de ir más allá de cualquier tipo de frontera. Y he preferido mil veces los caracteres un poco difíciles pero que tienen fuerza y energía, antes que a las "gallinas mojadas" de las que no se puede sacar nada bueno...

Siempre podemos tener la tentación de contentarnos con el camino que ya hemos recorrido, de no crecer más ni cansarnos más, de pararnos y pensar que uno no puede o no debe ir más allá. Se gira un interruptor y, al girarlo, uno se cierra ante la riqueza que la vida le sigue ofreciendo. Cuando comienza una cuesta arriba, cuando se llega a una barrera que parece difícil de cruzar, hay quien emprende el camino de regreso. Pero quien continúa caminando, quien se decide a ir al encuentro de algo que todavía no conoce, ese es el tipo de persona que aprende, crece, construye y crea.

A mí me tocó vivir en tiempos difíciles y cambiantes (¿hay alguno que no lo sea?...), y tuve que arriesgarme a cruzar otras fronteras, diferentes a las que tuvo que cruzar Filipina. Una de ellas fue la idea de lo que eran las "monjas" a las que la gente (y sobre todo los Obispos y sacerdotes) estaban acostumbrados. "Ser monja" significaba estar encerradas en conventos, tener rejas, cantar juntas muchas horas en la iglesia, depender siempre de la autoridad del clero... Pero yo soñaba con otro tipo de vida religiosa, mucho más abierta, más en contacto con la gente, estando junto a niñas y jóvenes (impensable por entonces una educación mixta) para ayudarles a crecer, conseguir una personalidad auténtica, conocer a Jesús, hacer algo por los demás.

Además prefería un tipo de oración silenciosa y profunda, que me parece ayuda más a entrar en los sentimientos de Jesús y a dejarse contagiar por el amor de su Corazón.

“Inventar” un modo de vida así me trajo muchos problemas y muchas críticas: “¿Qué clase de monjas son éstas que ni tienen rejas, ni rezan en el coro, ni se quedan siempre en el mismo convento? ¿Por qué se atreven a tomar decisiones por ellas mismas, por qué estudian, por qué se relacionan tanto con la gente, por qué no tienen unas reglas más rígidas que duren para siempre?” Yo contestaba con paciencia: “Los tiempos cambian y nosotras tenemos que cambiar con ellos”. Y es que la flexibilidad me ha parecido siempre una gran cualidad, y también la capacidad de salir de situaciones fijas y pasar a nuevas experiencias para explorar otras facetas de la realidad.

Me gustaría animarte a desarrollar esa cualidad y también que fueras de ese tipo de personas capaces de ensanchar su mirada hasta los confines del mundo. Pienso en Filipina que vivió tantos fracasos pero que, sin pretenderlo, consiguió que su nombre permanezca en nuestra memoria como una de las pioneras de la evangelización de América. Te diría que aprendas de ella a preferir la *calidad* de lo que hagas que el *éxito* que consigas. La calidad está en nuestra mano y se debe a nuestro trabajo; el éxito no lo está y es menos importante. Lo que hacemos de corazón tiene valor por sí mismo, no depende de que los demás lo reconozcan.

No sé si te he dicho demasiadas cosas en esta carta... Piénsalas de todas maneras y dime si tienes alguna experiencia de haber tenido que encajar algún fracaso. Podemos pedirle juntas a Filipina que te eche una mano... ¡Ella fue “especialista”!

Te quiere,  
SOFÍA